

regimiento de granaderos, en la acción de Aculco, con suma habilidad y gran precaución hizo las reformas que creyó convenientes para impedirlo, sin que se llegara á notar por alguno, ni traslucir el objeto por qué las hacia.

Tomadas todas las providencias que juzgó oportunas para la seguridad de aquella capital, así como todo lo concerniente para poner su ejército en marcha é instruido á fondo de los movimientos habidos en San Luis y Zacatecas, en favor de la independencia, por los extraordinarios que constantemente estaba recibiendo, así como de los elementos con que contaba Allende en Guanajuato é Hidalgo en Valladolid, consideró absolutamente necesario ponerse en movimiento y dirigirse á Guanajuato para impedir de esta manera que las provincias que acaban de revelarse, se pusiesen en contacto con Allende, mandándole y auxiliándole con mayor cantidad de recursos.

Con este objeto, dictó las órdenes respectivas, para que toda su división se preparase á marchar al siguiente día (el 15) á la vez que por un extraordinario violento, anunció al Virey que salía de aquella ciudad para Guanajuato, á donde batiría á Allende, que sabia con toda seguridad lo esperaba en aquella población, resuelto á defenderse en ella. Bien conocia el brigadier Calleja, que su posición en aquellos momentos era sumamente comprometida, que el internarse hasta Guanajuato, teniendo un enemigo que lo pudiese flanquear y aún cortar la retirada, era muy peligroso: pero también consideraba que permanecer estacionado en Querétaro, daba lugar á que los independientes ya repuestos de sus pérdidas, tomaran la iniciativa, marchando á atacarlo á aquella ciudad. Tenia además la convicción que ninguna clase de recursos debía esperar del Virey porque éste de ningunos podia disponer y que todo

## CAPITULO VII.

### SUMARIO.

El brigadier Calleja en Querétaro. Providencias que toma. Dispone su marcha. Sale en dirección á Guanajuato. Jornadas que hace. Ahorcados. El puerto de Molinos. Reconocimiento. El coronel Emparan. Acción de Jalapita. Calleja y Flon. El capitán general Allende. Se retira. Lino el negro. Asesinatos. D. Mariano Liceaga. Toque de deguello. Fray José María de Jesús Belauzarán. Entra Calleja á Guanajuato. Asesinatos. Bando. D. Rafael Dávalos. Chovel, Gómez fusilados. Arbitrariedades de Calleja. Parte. Observaciones.

En los pocos días que permaneció el brigadier Calleja en Querétaro, se dedicó con toda actividad á reparar las pérdidas que sufrió en la batalla de Aculco, levantó fuerzas y se abasteció abundantemente de toda clase de recursos de boca y guerra, para seguir en persecución del ejército independiente. Temeroso de que algunos de los cuerpos de que se componía su división, abrigase intentos de pasarse al enemigo, como parece que quiso efectuarlo el

lo que él no se procurase de auxilios para sus fuerzas, inútil era esperarlos de otra parte.

El quince, al toque de diana, evacuaron la capital aquellas tropas marchando en direccion á Guanajuato, ese dia pernoctó el ejército en el pueblo de Apaseo, á cuatro leguas de distancia de Querétaro; al siguiente dia llegó á Celaya.

En esta ciudad, hizo Calleja presenciar á sus habitantes un triste espectáculo. Dos soldados del regimiento de dragones de Puebla, llamados Felipe Cortés y Miguel Toral, se le presentaron denunciando al soldado del regimiento de Celaya, Tomás Aguirre que trataba de seducirlos á fin de que se pasasen á los independientes, á la vez que el soldado José Noyola del regimiento de la Corona, hacia otra igual acusacion del independiente José Ignacio Granados. En el acto, y con toda actividad, mandó Calleja levantar una horca, y esa misma tarde aparecieron suspendidos de ella los cadáveres de los desgraciados Aguirre y Granados. No deben haberse practicado con toda escrupulosidad las diligencias respectivas para la averiguacion de este delito, por la violencia con que fueron ejecutados. En verdad no era el brigadier Calleja muy minucioso en esta materia; ya tendré oportunidad de presentar al lector varios ejemplos de esta naturaleza.

De Celaya marchó éste jefe á Salamanca, de allí á Irapuato, en cuyas poblaciones todas, como ya se deja entender restableció el gobierno vireinal; de esta poblacion salió, acampando en la tarde de ese mismo dia (el 23) en *Puerto Molinero*, distante cuatro ó cinco leguas de Guanajuato.

El 24 al amanecer, el brigadier Calleja, con el objeto de hacer un exacto reconocimiento de las posiciones del ene-

migo, emprendió su marcha. Los independientes que puestos en observacion del ejército realista, notaron el movimiento, en el acto comenzaron abatirlo haciendo fuego con la artillería que tenian colocada en aquellas alturas. Calleja, que su ánimo no era entrar en accion, ni comprometerla, sino hasta despues de haber practicado un minucioso exámen de la situacion de los independientes; se vió obligado á mandar una columna á las órdenes del coronel Emparam, compuesta de infantería y caballería, para que subiendo á aquellas alturas, atacara á los independientes é impidiera que siguiesen haciendo fuego. Esta operacion bien difícil por cierto, tanto por estar dominados los realistas, como por las sinuosidades del terreno que no permitia un fácil acceso, fué coronada de un éxito brillante, debida al denuedo y bizarría de aquella pequeña fuerza, apareciendo poco despues estos valientes, dueños de la altura, y obligando á sus contrarios á retirarse.

Por el frente, la compañía de voluntarios de Querétaro, al mando del capitan D. Antonio Linares, y algunas otras fuerzas, atacaron á los independientes. Aquellas dos alturas eran las que precisamente defendian la cañada de Marfil y entrada á la ciudad; una vez perdida éstas por la retirada del enemigo, quedaba libre el paso para marchar por ella el ejército realista. El brigadier Calleja que, con mucha anticipacion habia sabido, de una manera indudable, la existencia de los barrenos ó taladros que, para destruir al ejército colonial, habia mandado practicar Allende en todo el trayecto de la cañada, no permitió que ninguna de sus fuerzas se aproximase á aquel punto, sino que prefirió luchar con las dificultades que presentaba lo accidentado del terreno y la difícil y peligrosa ascension de sus tropas á aquellas alturas, que exponerla á la explosion

de las minas ó barrenos que con este objeto se habian hecho.

Algunos historiadores creen que este aviso lo dió á Calleja, el Lic. D. Fernando Perez Marañon, que despues fué Intendente; no créo que esto sea exacto, porque una operacion de esta naturaleza, hecha á la luz del dia, á presencia de todos, y en la que se ocuparon forzosamente, un número considerable de operarios (como es necesita para construir, segun se dice, mil y quinientos barrenos), pudiese permanecer oculta, en secreto. El ejército realista, al tomar posicion de aquellas dos alturas, hizo prisioneros á un coronel, varios oficiales y muchos soldados, capturando cuatro piezas de artillería. Esta operacion, practicada por aquellas fuerzas con suma habilidad, obedeciendo las órdenes de su experto caudillo, fué hecha en un tiempo bien corto.

El haberse terminado violentamente y con tan buen éxito, y siendo aún muy temprano (las once de la mañana), quiso aprovechar Calleja aquellos momentos de entusiasmo de su ejército, dándole orden para que siguiese batiéndose y avanzando. Con este objeto, púsose él al frente del primer batallon de la columna de granaderos y artillería, marchando hasta llegar al camino de Santa Ana, teniendo absoluta necesidad de disponer que los soldados subiesen en brazos á la artillería, por no permitir el terreno la conduccion de aquellas piezas de otro modo, viéndose obligados á no cesar de hacer fuego á los independientes. Otra columna, á las órdenes del general de la caballería, D. Diego Garcia Conde, seguia á la anterior que, protegida por los fuegos de la que le precedia, mucho le facilitó su marcha. Otra columna, mandada por el coronel D. Nicolás de Ibarri, compuesta de varios cuerpos, dirigióse por

la derecha de Calleja, en direccion á los cerros de Marfil, para atacar á la ciudad por todos lados y en puntos ventajosos.

Una resistencia verdaderamente heroica presentaban los independientes, que sin armas, sin jefes, sin conocimientos militares y sin disciplina luchaban cuerpo á cuerpo, con soldados hechos, jefes aptos, dotados con toda clase de armas, haciendo vacilar y retroceder muchas veces, á aquellos habitantes que, guiados por sus jefes, se lanzaban sobre sus enemigos, con imperturbable serenidad. Imposible era que el general Allende, pudiese atender á todos los puntos atacados, y mas en una clase de terreno que no permitia obrar con libertad; su presencia era necesaria en todas partes; el enemigo habia atacado simultáneamente por distintos puntos y por los que ménos se esperaba, así es que era necesario cambiar velozmente la posicion de las tropas; estas operaciones exijian jefes de conocimientos; el general Allende pasaba de un punto á otro, con la mayor velocidad, dando órdenes y disponiendo lo que debia de hacerse; pero mientras que él corria á socorrer una posicion, era atacada la otra enérgicamente. Una gran parte de las fuerzas, de que se componia el ejército independiente, era la primera vez que luchaban visoños, en el arte de la guerra, no sabian aprovechar las ventajas, ni batir al enemigo. Era ya tarde, todo el dia habia sido de combate; las fuerzas realistas, viendo que obtenian buen éxito, siguieron avanzando, hasta desalojar á los independientes del cerro de San Miguel, que es el mas próximo á Guanajuato, haciendo prisioneros y quitando las piezas de artillería que allí tenian. En aquel cerro hicieron alto las fuerzas, pasando en él la noche y aplazando la lucha para el dia siguiente.

En el entre tanto, el brigadier Calleja, siguió su marcha por la izquierda, batiendo y haciendo retroceder al enemigo, y apoyando á los cuerpos que iban obrando en combinacion con él, de una manera verdaderamente hábil, hasta llegar á posesionarse de Valenciana, á cosa de las cinco de la tarde, punto militar y que domina á Guanajuato, hora en que fué preciso suspender las hostilidades para seguir á otro dia.

Este movimiento, efectuado en todo el dia, dió por resultado el que los realistas se apoderasen de los puntos que tenian los independientes, de muchas de sus armas y cañones, y obligando á retirarse los contrarios.

La caballeria, realista no obstante lo quebrado del terreno, acuchilló bárbaramente á los que encontraba á su paso, sin tomar en consideracion si se presentaban ó nó rendidos; así es que, muchísimos de los que iban de huida ó con ánimo de rendirse, viendo el horrible fin que se les esperaba, preferian mejor arrojarse á las barrancos y precipitarse á los voladeros, siendo los jefes de esta carnicería el coronel Emparan, el conde de San Mateo Valparaiso (de quien tanto se dijo se habia comprometido con Hidalgo para ayudarle en su empresa) y Pastor.

Aun quedaba por apagar los fuegos de una batería, situada en el cerro de Pánuco, compuesta de cuatro cañones, y que impedía de una manera enérgica, la marcha descendente del brigadier Calleja, haciéndole muchísimas bajas. A fin de verse libre de aquel terrible enemigo, mandó que el Sargento Mayor de dragones de Puebla con el rejimiento de dragones de San Carlos, atacara la batería á toda costa, hasta apagar sus fuegos y rendirla. Lucha momentánea pero terrible fué esta, en que unos y otros rivalizaron en valor, pero al fin tuvieron que ceder los independien-

tes, al número y disciplina, abandonando la batería. Así terminó aquel dia (24 de Noviembre), en que se habia combatido desde las seis de la mañana, hasta ponerse el sol; lucha terrible en la que ambos combatientes dieron pruebas de su valor y bizarría, en que, si los independientes perdieron sus armas, materiales de guerra y posiciones, probaron á los realistas que su causa, jamás sucumbiría á la precion de la fuerza, ni á los espantosos extragos del fuego y el hierro. Fatigados los dos ejércitos de aquella terrible lucha, cada uno permaneció en las posiciones en que las tinieblas de la noche los sorprendió. La naturaleza toda, como sobrecojida por el espantoso cuadro que habia presenciado en aquel dia, por espacio de doce horas, guardó un profundo y religioso silencio.

Los cerros, esos gigantes de la creacion, parecian otros tantos centinelas que colocados en derredor del campamento, vigilaban el sueño de aquellos leones. Una que otra pequeña luz y á las largas distancias situadas en la cima de aquellas montañas, dejábanse ver, dibujándose al través en sus densas sombras, como figuras humanas que incesantemente pasaban de un punto á otro; eran los independientes que con el mayor sigilo tomaban nuevas posiciones, para seguir luchando al rayar la luz del nuevo dia.

El brigadier Calleja, absorto en sus combinaciones militares, y violentado porque no sabia lo que pasaba en la ciudad, que la tenia casi á sus piés, no dormía, vigilaba, paseándose de un extremo á otro de su aposento, con febril agitacion; la absoluta incomunicacion en que estaba con la capital, le presagiaba que al siguiente dia, tendria que renovar la lucha, y á semejanza del caudillo de los independientes, con el mas profundo silencio daba á sus ayudantes las órdenes convenientes.

El veinticinco á las tres y media de la mañana, el estallido del cañon, desde el cerro del Cuarto, saludaba al ejército realista que yacia en profundo silencio; momentos despues del cerro de San Miguel, contestó el saludo con varios disparos de artillería, el Conde de la Cadena, atravesando las balas de un extremo á otro de la ciudad, ámbos ejércitos desde luego se preparon á combatir pero sin moverse, esperando que aclarase el dia, para emprender sus movimientos.

En esa misma noche, considerando Calleja que el nombrar nueva autoridad para la Valenciana, no era prudente en aquellos momentos, porque no encontraria quien se prestase á aceptarla, creyó conveniente seguir la táctica adoptada por Hidalgo, nombrando al mismo que lo habia sido, por el caudillo de los independientes. Parece ser que este nombramiento, inspiró confianza á muchos de los que habian tomado una parte muy activa en favor de la independencia, resolviéndose á permanecer ocultos en aquella poblacion, confianza que momentos despues, les costó muy caro, encontrándose entre éstas, personas de importancia, como eran Chovell, los capellanes de las minas y otros eclesiásticos. Ya bien claro el dia, observando Calleja que desde el cerro del Cuarto se seguia haciendo un nutrido fuego de artillería por los independientes y que próximo á ese punto, era por donde tenia que pasar el ejército realista para bajar á la ciudad, dispuso que una fuerte seccion de infantería, caballería y artillería, atacasen vigorosamente aquella posicion hasta acallar los fuegos y desalojar de aquel punto al enemigo. Esta orden fué ejecutada con la exactitud y precision que la dictó su caudillo, despues de una sangrienta lucha entre agresores y agredidos, hicieronse dueños los realistas de aquella posicion. Libre ya

el paso, emprendió el brigadier Calleja su marcha, comenzando á descender para la ciudad.

En el trayecto de la Valenciana á Guanajuato, se le presentó á este brigadier un español llamado D. Andrés Otero, que habiendo podido evadirse de la prision de Granaditas, iba en su busca á fin de poner en su conocimiento, los espantosos asesinatos que la tarde anterior se habian cometido en la Alhóndiga con los españoles y criollos que en ella existian presos. Este acontecimiento verdaderamente atroz se efectuó de la manera siguiente:

Viendo el capitan general Allende que ningun auxilio se le mandaba de las provincias de San Luis Potosí, Zacatecas y Valladolid, en cumplimiento de las órdenes que con este objeto habia librado á las dos primeras, que de Hidalgo no recibia contestacion, y que era imposible contener los avances del ejército realista, puesto que se habia hecho de todos los puntos que sostenian los independientes, haciéndolos retroceder y quitándoles la artillería; juzgó no solo inútil sino muy perjudicial el seguir sosteniéndose en aquella provincia, porque perderia lo muy poco que aún podia salvar; dió las órdenes correspondientes para que se retirasen sus fuerzas, poniéndose en marcha con direccion á Zacatecas. Sabido es por todos que una retirada violenta con el objeto de salvarse (y despues de haberse sufrido una derrota) es siempre fatal, y sus consecuencias desastrosas, perdida la moral en un ejército, los desórdenes es imposible el evitarlos, la sumision y disciplina desaparecen y cada soldado se cree en libertad de obrar como mas le conviene; así es que aquel ejército improvisado con grandes sacrificios y esfuerzos, convirtiéndose en pequeñas masas que seguian al general Aliende en su retirada.

Vivia en aquella ciudad un individuo de profesion pla-

tero, y conocido por todos con el apodo de *Lino el negro*. Parece ser que éste, desde la vez anterior en que estuvo Hidalgo se filió y unió á los independientes, prestando los servicios que en su esfera le eran posibles. Disgustado talvez por las noticias que en aquel dia se estuvieron recibiendo, de las pérdidas de los independientes, quiso tomar venganza con los desgraciados españoles que habia presos en Granaditas. Con este fin se dirigió á la prision é invitando á otros muchos de la plebe, atacó la guardia que á aquellos custodiaba.

El oficial de Guardia D. Mariano Covarrubias en cumplimiento de su deber, los resistió haciéndoles fuego; pero al fin tuvo que ceder al número, cayendo tambien herido; momentos despues y atraidos por el ruido de las descargas, se presentaron el capitan D. Pedro Otero, D. Mariano Liceaga y el sargento D. Francisco Tobar, y el cura D. Juan de D. Gutierrez; y aunque consiguieron salvar á muchos la vida, porque de éstos algunos se defendieron y otros se ocultaron, sin embargo, perecieron mas de ciento cincuenta personas entre españoles y criollos, segun algunos historiadores.

Poco despues de haber recibido Calleja la noticia de los asesinatos de los españoles, se le presentó el capitan de dragones de Puebla D. Francisco Guizarnotegui, conduciendo presos á siete hombres del pueblo, y que los habia tomado en el castillo de Granaditas.

En el parte que le dió este oficial, con fecha 25 de Noviembre, dice lo siguiente:

«Que al pasar por Granaditas oyó decir que allí estaban muertos á lanzadas todos los gachupines, expresion que le irritó bastante, y por lo que mandó hechar pié á tierra á doce dragones, para cerciorarse de la verdad, y auxiliar

á los que se hallasen vivos: mas solo oyó decir que todos eran cadáveres, cojiendo á seis ó siete (hombres) que los hallaron allí, los cuales entraron á ver si habia algun despojo que rapiñar, ó quizás á ver la catástrofe en que fueron cómplices: por lo que bien asegurados (son sus palabras) se los presentó al señor general en jefe, quien al oír mi indicado razonamiento, *mandó en el momento matarlos como así se ejecutó*, ordenándome volviere á la ciudad, tomandó á degüello como lo verifiqué hasta llegar á la plaza ó parroquia, donde me uní con la tropa que parada hallé allí.»

El brigadier Calleja violentamente exaltado con aquellos sucesos, dió orden al conde de la Cadena Flon, y capitan Guizarnotegui para que entrasen en la ciudad á fuego y sangre, mandando tocar á degüello, á la vez que libró una orden á la autoridad de Valenciana, para que aprendiese inmediatamente á todos los sospechosos, y se les condujese á la ciudad. En virtud de esta bárbara disposicion, aquellas fuerzas entraron á la capital, acuchillando y matando á todos aquellos que ya bien fuera que saliesen á ver llegar la tropa ó á otros negocios, inhumanamente fueron pasados á cuchillo, siendo casi todos del pueblo con excepcion de Don Agustin Calderon afecto á los realistas.

Vivia en aquella ciudad y en el convento del orden de San Diego; un humilde religioso que por sus virtudes y gran caridad, era muy querido y respetado de todos los habitantes. En el acto que tuvo conocimiento de aquellas matanzas, tomó un crucifijo y bajando violentamente las escaleras de su claustro, corre á encontrar á Calleja y postrado á sus piés, presentándole la imagen implora y suplica mande suspender aquella bárbara orden. Calleja sor-

prendido por la súplica de aquel verdadero apóstol, mandó suspender la ejecución. Así fué como se salvó la opulenta Guanajuato de la ferocidad de este moderno Atila y debido á la evangélica caridad de un nuevo San Leon. Este sacerdote, este verdadero apóstol, era Fray José María de Jesus Belauzaran.

Respecto de los muertos que hubo en la acción, inserto dos partes que le dirigió el párroco de la cañada del *Real de Marfil* al brigadier Calleja. «Consecuente, (dice el cura) al oficio de V. S. del día de ayer, debo decir que puntualmente se está practicando la caritativa diligencia de dar sepultura á los cadáveres que se van encontrando por los cerros que circundan este Real; quedando sepultados en dichos cerros la mayor parte de cuerpos por encontrarse ya incapaces de trasportarlos á este cementerio, si no es á menudos pedazos, y expuestos los conductores á una funesta resulta en su salud, por la hediondez que despiden; habiendo dado motivo esta demora el no encontrarse, en los días pasados mas que mujeres, y tal cual hombre que hiciera estas funciones.

Si V. S. lo tuviese á bien, concluida esta diligencia participaré en un cuerpo el número de todos ellos, con especificación de los personajes en que se encontraren segun me relacione el mozo que para ello tengo comisionado; pues por lo desparramado que se asegura se hallan los cadáveres, se considera imposible un inmediato cálculo de los que pueden hallarse insepultados.»

En oficio de fecha 10 le dice al brigadier Calleja:

«Concluida ya la operación de dar sepultura á los cadáveres que se fueron encontrando en los cerros, y finalmente en el campo de batalla, me ha informado *José Vicente Manzanares*, vecino del Real á quien comisioné para el

efecto, que al cementerio de esta parroquia se trajeron 18. Que en el cerro llamado antiguamente el *Tumulto*, y ahora conocido por el de la *Guerra*, se sepultaron 214, muchos de ellos sin cabeza. Que en unas cañadas intransitables que median entre dicho cerro y el de la Bufo, se consideraba habria algunos cuerpos por la mucha fetidez que de allí salia, por los ladridos de los perros, y vuelo que levantaban las aves que se sustentan de nuestras carnes; y que era imposible formar ningun cálculo de los que allí habria: que en una mina vieja del cerro de la Bufo, bajando á ella hasta donde se pudo, se observaban catorce cuerpos, y es de presumir irian otros á lo profundo; y aunque el día 25 de Noviembre por la tarde subí á dicho cerro de la *Guerra* para confesar ú olear á algunos que se me aseguró que aún alentaban, solo lo ejecuté con 3 que hallé en esta disposicion; y como ya estaba puesto el sol me pareció que en otro cerro contiguo á este que llaman Cerro alto, habia muchos bultos por el suelo, los que creí fueron cadáveres, pero ni era ya hora de investigar, ni habia por todo aquello, mas que mujeres; por lo que me retiré antes de que se acabara la luz del día.

Al siguiente mandé explorar dichos cerros, y se me aseguró que los que parecian bultos ó cuerpos tendidos por el suelo, no eran sino montecillos de piedra que habian acumulado los honderos, que mandé desparramar luego.

El total de las partidas expresadas que á punto fijo se pudo llevar, asciende á 246 personas. Es lo que ha ocurrido, y lo que en verdad puedo informar á V. S. en contestacion al oficio del día 7 del que rije.

Dios, etc.—*José María Iriarte.*

Una vez que Calleja entró á la ciudad, dispuso que inmediatamente saliese toda su division, con excepcion del regimiento de la Corona y el de dragones de Puebla. A acto continuo, hizo publicar el siguiente

## BANDO.

*"D. FÉLIX MARÍA CALLEJA DEL REY, brigadier de los Reales Ejércitos, sub-inspector y comandante de la décima brigada de este reino y de las provincias internas dependientes, y comandante en jefe del ejército de operaciones contra los insurgentes.*

"Los inauditos crímenes ejecutados por las habitantes de esta ciudad, desde el principio de la infame rebelion, promovida por los traidores Hidalgo y Allende, y el horrible atentado, de que se estremece la humanidad, y que carece de ejemplo aún entre las naciones mas bárbaras, cometido á sangre fria, sobre mas de doscientas personas que existian injustamente en Granaditas, y que fueron pasados á cuchillo, al mismo tiempo que mis tropas, despues de siete horas de combate, habian ocupado las alturas de la ciudad, tomando la artillería que habia en ella, y obligando á huir vergonzosamente á los cobardes que la defendian, están pidiendo la mas atroz y ejemplar venganza.

"Por un efecto de humanidad, mandé esta mañana á mis tropas que suspendieran el justo castigo que habia decretado de llevar esta ciudad á fuego y sangre y sepultarla bajo de sus ruinas; pero no debiendo quedar impunes delitos tan atroces, ni participar de las gracias que el Excelentísimo Señor Virey de estos reinos, D. Francisco Ja-

vier Venegas, ha dispensado á los pueblos que han depuesto las armas, al presentarse las tropas del Rey, declaro lo siguiente:

"1º Todo individuo que en el dia de mañana no hubiesen presentado las armas de fuego y blancas y municiones de guerra que existiesen en su poder, será pasado por las armas.

"2º La misma pena se impone al que, sabiendo que existen en una casa ó paraje armas y municiones, no lo delate inmediatamente.

"3º Igual castigo sufrirá el armero ó fabricante que haya construido cañones y cualesquiera clase de armas, y no se presente entregando las existencias que tuviese en metales y dinero para su compra.

"4º Todos tienen obligacion de presentar ó delatar á los principales reos que han favorecido ó fomentado abiertamente la insurreccion, propagando las perniciosas máximas que conspiran á ella; pero el que presentare ó delatare á alguno de dichos reos, será perdonado.

"5º Prohibo que, despues de la oracion de la noche, ande nadie por las calles, á excepcion de los individuos y dependientes de mis tropas, y el que fuera de éstos se encontrare sin papel mio ó del Intendente interino de la provincia, sufrirá la pena de 500 pesos de multa ó 200 azotes, segun su clase. Las patrullas conducirán á los cuerpos de guardia, cuantos encuentren sin papel.

"6º Prohibo igualmente, toda junta ó reunion de individuos del pueblo, que pase de tres, en el concepto de que las tropas tienen orden de dispersarlos á fusilazos.

"7º Toda especie ó conversacion sediciosa que conspire á la rebelion ó independenciam, será castigado inmediatamente con la pena capital, sin excepcion de personas.